

«Versalles, 19 de marzo de 1874.

»Señor Duque:

»Acabo de leer las palabras que pronunciasteis ayer en la tribuna de la Asamblea nacional.

»Están conformes con el lenguaje que yo mismo empleé con los señores presidentes del Tribunal y de la Cámara de Comercio de París.

»Les doy, pues, mi entera aprobación y os doy gracias por haber comprendido tan bien los derechos que me confirió y los deberes que me impone, durante siete años, la confianza de la Asamblea.

»Servíos aceptar, señor Duque, el nuevo testimonio de mi alta consideración.—El Presidente de la República, MARISCAL DE MAC-MAHÓN.»

Después de esta carta, el *Diario Oficial* reproducía las palabras pronunciadas, el 4 de febrero, en el tribunal de Comercio: «Durante siete años sabré yo hacer respetar por todos el orden de cosas legalmente establecido.» El orden de cosas legalmente establecido era la República. ¿Por qué se confiaba, pues, el cuidado de gobernarla a sus adversarios notorios?

El país comprendía cada vez menos esta política. Llamado a las urnas, diez días después, en la Gironda y en el Alto Marne, envió a Versalles dos nuevos republicanos. Convocado diez y seis veces, desde mayo de 1873, en los puntos de Francia más diversos, el cuerpo electoral había elegido quince republicanos y un bonapartista. En un año, los esfuerzos del gobierno del orden moral no había podido conseguir que Francia enviase un solo recluta a lo que el duque de Broglie se obtenía en llamar «el gran partido conservador.» Su desconfianza aumentaba en razón directa de la confianza de la mayoría y de la aprobación del mariscal.

Esta mayoría se mantuvo compacta y fiel hasta el final de la legislatura de invierno, y particularmente en la discusión del proyecto que prorrogaba hasta 1.º de enero de 1875 los municipios elegidos por tres años el 30 de abril de 1871; proyecto que fué convertido en ley a pesar del enérgico dictamen en contra presentado por el Sr. de Marcere, ponente de una comisión hostil.

En 24 de marzo, la asamblea acordó suspender sus sesiones desde el 29 del mismo mes hasta el 12 de mayo próximo, y nombró una Comisión permanente de 25 miembros, en la cual no admitió más que 6 diputados de la izquierda. Dos días después, confirmó a los duques de Alenzón y de Penthièvre los grados que habían conquistado en el extranjero y los admitió de un modo definitivo en el ejército francés. El mismo día, como para acabar con todas aquellas cuestiones enojosas, autorizó el levantamiento del secuestro de la antigua lista civil. La izquierda no opuso más que una débil resistencia a estos proyectos; tanto ella como el público daban mayor importancia a los primeros síntomas de descomposición que se observaban en la mayoría.

En una carta al periódico *L'Union*, de 21 de marzo, el vizconde de Aboville estimaba que el mariscal hubiera hecho mejor en guardar silencio el 19 de marzo y anunciaba que el doble juego del vicepresidente del consejo no engañaría indefinidamente a los monárquicos. «No hay que hacerse ilusiones, añadía; antes de dos meses, el señor duque de Broglie va a proponernos la

organización de la República septenal... Entonces, ¿qué haber derribado a Thiers?»

El 23 de marzo, en un discurso pronunciado en la Asociación Politécnica, el Sr. de Fourtou, miembro del gabinete, previendo que Mac-Mahón podría tomar otros consejeros, declaró que su autoridad sería robustecida por una organización constitucional lealmente prometida y se le escapó la mitad de la palabra *República* cuando dijo: «El mariscal protegerá durante siete años con su firmeza y su prudencia el desenvolvimiento regular de los negocios públicos.»

Las manifestaciones parlamentarias eran aún más características.

En 26 de marzo, el Sr. de Franclieu trató de leer en la tribuna una declaración, anunciando que después de las vacaciones se opondría a que se inscribiesen en la orden del día las leyes constitucionales.

Al día siguiente, el Sr. Dahirel reclamó la urgencia en pro de esta proposición: «En 1.º de junio próximo, la asamblea se pronunciará sobre la forma definitiva del gobierno de Francia.» La urgencia, vivamente combatida por el duque de Broglie, no fué desechada sino porque hubo 49 republicanos que votaron con el gabinete.

Finalmente, el 29 de marzo, en la Comisión de los Treinta, el Sr. de Kerdel, que había combatido vivamente la proposición del Sr. Dahirel, decía del septenio: «Los unos ven en él el vestíbulo de la monarquía y los otros el vestíbulo de la república; pero no hay nada que edificar en ese vestíbulo.»

Durante todo el mes de abril y hasta la reapertura de la Cámara, las polémicas continuaron en los periódicos, sobre la naturaleza del septenio, cuya votación aparecía, cada vez más, como una mala inteligencia y un engaño colosales. En una circular a los fiscales, en que se le olvidó designar al jefe del Estado por su título oficial de presidente de la República, el Sr. Depeyre definió el septenio irrevocable, afirmó que no se le podía negar impunemente y encargó a sus subordinados que le señalaran los artículos de periódico que lo atacasen. Dos días después el periódico oficioso del vicepresidente del consejo, *El Francés*, cometía el delito previsto por el ministro de Gracia y Justicia, al escribir: «Los unos quieren un septenio que sea una especie de monarquía sin el rey, los otros un septenio republicano, y otros un septenio que sea un gobierno neutro y una especie de prolongación de la tregua de los partidos. Los unos pueden tener razón y los otros pueden andar equivocados, pero todos están en su derecho.» *El Francés* no fué procesado. Los defensores del «Gobierno sin nombre» habían caído en el ridículo y el país se mostraba cada vez más indiferente a aquellas discusiones bizantinas.

Al final del interregno parlamentario, Mac-Mahón hizo un viaje a Tours, para colocar la primera piedra de los nuevos cuarteles, y a Saumur, donde procedió a una visita minuciosa de la Escuela de caballería. Vuelto a París, dos días después, visitó la Escuela Politécnica. En todas partes el público le dió pruebas de lo que el *Diario Oficial* llamaba una «respetuosa simpatía,» pero su presencia no produjo entusiasmo en ninguna parte; ni siquiera se produjeron a su paso, entre el paisanaje, esas aclamaciones de encargo que todos

los poderes se procuran tan fácilmente. En cuanto a las manifestaciones militares, él las prohibió rigurosamente. En la revista de Tours, los primeros regimientos que desfilaron ante él gritaron: «¡Viva el mariscal!» En seguida, uno de sus ayudantes salió del grupo del Estado mayor para recordar a los regimientos siguientes que la disciplina imponía silencio al soldado sobre las armas. En las fiestas, en los bailes, en las recepciones que daba en el Elíseo, y que eran notables por el lujo y el buen orden con que eran organizadas, su actitud fué la misma; su alta corrección imponía el respeto.

Durante aquellas vacaciones parlamentarias fué relevado el conde de Arnim y substituído por el príncipe de Hohenlohe. El canciller, que continuaba encarnizadamente la lucha contra los católicos, que hizo condenar (por contumacia, por supuesto) al obispo de Nancy a dos meses de fortaleza, por haber publicado una pastoral que los curas de la Lorena anexada leyeron en el púlpito, el canciller no podía tolerar la presencia en París de un embajador que había sido favorable a los trabajos de fusión y que censuraba abiertamente su inflexibilidad religiosa.

El período de sesiones de los consejos generales correspondiente al mes de abril sólo presentó dos incidentes dignos de particular mención. En Córcega, la mayoría de los concejeros se abstuvo, a fin de protestar contra la ausencia de su presidente, el príncipe Napoleón, en la ceremonia del 16 de marzo, y las sesiones no pudieron inaugurarse. En el Eura, en una comida dada por el prefecto a los individuos del consejo general, el duque de Broglie se pronunció por las leyes orgánicas. Pero, en concepto del vicepresidente del consejo, las leyes orgánicas se reducían a dos, una electoral y otra de organización de la segunda cámara, puesto que la ley de prorrogación había decidido que los poderes del mariscal se ejercieran hasta la expiración del septenio. La ley electoral fué obra de Batbie, y la ley de organización de la segunda Cámara fué obra del propio duque de Broglie, como se verá más adelante. Hasta los correligionarios del duque deseaban una constitución menos rudimentaria y el redactor en jefe del *Journal de Paris* y del *Soleil*, Sr. Hervé, proponía que se dictase una tercera ley sobre el poder ejecutivo. El centro izquierdo hubiera aceptado este programa, sin perjuicio de enmendar en un sentido liberal las leyes propuestas, pero ponía por condición a su concurso la substitución del gabinete Broglie por un ministerio nuevo, menos desacreditado en el Parlamento y menos impopular en el país. La opinión de la derecha legitimista fué indicada por el congreso de periódicos católicos y realistas, reunido en Tours, que manifestó en la sesión de 30 de abril la esperanza de que ninguna de las leyes orgánicas sería votada; y su constancia en la oposición al ministerio fué garantizada por la presencia del conde de Chambord en Versalles, de incógnito.

La opinión de los bonapartistas, respecto a las leyes que debían organizar el septenio, no difería de la opinión de la extrema derecha.

Obligado por sus declaraciones anteriores y por el texto mismo de las leyes de 13 de marzo y 20 de noviembre, el gobierno se disponía, pues, a abordar las discusiones constitucionales desde el principio de la pró-

xima legislatura, y sus órganos habituales insistían sobre la utilidad política de terminar pronto aquellas discusiones. Pero la preparación de dichas leyes no impedía que los dos principales ministros, el del Interior y el de Gracia y Justicia, tomasen las medidas arbitrarias, que eran como la marca de aquel gobierno, ó renovasen las peores prácticas del régimen imperial, como lo atestiguan, entre otras disposiciones, las que Depeyre dió a los fiscales para que estos convirtiesen a los jueces de paz en agentes políticos.

Aparte de las preocupaciones políticas, hubo tres acontecimientos que impresionaron vivamente la opinión pública durante el mes de abril: la muerte de Beulé, la evasión de Rochefort y Paschal-Grousset y la noticia detallada de la muerte, ya antigua, de Francisco Garnier. Beulé puso fin, con el suicidio, a los atroces sufrimientos de una angina de pecho. Rochefort y Paschal-Grousset, deportados a la Nueva Celedonia desde 1872, se evadieron el 20 de marzo de 1874, en circunstancias peligrosas y románticas. Un buque inglés los condujo a Australia y de allí a los Estados Unidos, desde donde regresaron a Europa.

Francisco Garnier había desplegado una gran fuerza de voluntad y una resistencia física extraordinaria en la conquista del Tonkín. Después de un viaje de tres años por Indochina (1866-1868) había explorado a expensas suyas el curso del Yang-Tsé-Kiang, que remontó hasta la región de las rápidas. El contraalmirante Dupré, gobernador de Indochina, le encargó en octubre de 1873, una misión para el Tonkín, adonde le envió con dos cañoneros, un destacamento de fusileros marinos y otro destacamento de infantería de marina. Desde Turana, Garnier hizo pedir a la corte de Hué el envío de un plenipotenciario a Hanoi, para firmar un tratado de comercio con Francia. Garnier, con 120 hombres, se apoderó de la ciudadela que defendían 7.000 anamitas, en 21 de noviembre de 1873, y tomó posesión de la administración del país. Los refuleros que había pedido a Saigón llegaron el 24 de diciembre, tres días después de su muerte. El 21, Garnier había salido de Hanoi para rechazar un ataque de piratas, cayendo en una emboscada donde fué muerto a lanzadas y horriblemente mutilado. Los 200 hombres de refuerzo recibieron orden de evacuar Hanoi y repliegarse sobre Haiphong. Había que volver a empezar. Francisco Garnier indicó el camino que tantos otros franceses habían de seguir. Como los conquistadores españoles del siglo xvi, demostró lo que pueden el valor y la civilización contra la barbarie. Francia le debe la posesión de aquella hermosa colonia que él regó el primero con su sangre. A pesar de su importancia, la rápida conquista del Tonkín no era más que un incidente de segundo orden, en una época en que el gobierno francés no había adoptado aún el vasto plan de política colonial que había de llevarse a cabo bajo la presidencia del sucesor de Mac-Mahón.

La reapertura de la Asamblea nacional tuvo efecto el 12 de mayo. Esta primera sesión no ofreció más que una particularidad, la dimisión del diputado de la mayoría Sr. Piccón, representante del departamento de los Alpes Marítimos, quien reconoció haber manifestado, en un banquete, el deseo de que Niza volviese a formar parte de Italia y se hizo justicia excluyéndose de la

Asamblea nacional. Otro diputado de la mayoría, el marqués de Costa de Beauregard, declaró que los representantes de la Saboya no eran solidarios de su colega de los Alpes Marítimos. Esta afirmación de patriotismo había de abrir al marqués, veinte años más tarde, las puertas de la Academia francesa.

La sesión del 13 de mayo fué consagrada á la constitución de la mesa, siendo elegidos: presidente, el señor Buffet; vicepresidentes los Sres. Martel, D'Azy y el general barón de Chabaud-Latour, y secretarios los señores Rive, vizconde Blin de Bourdon, Cazenove de Pradines, conde de Segur, Voisin y Grivard. La izquierda, que formaba las tres séptimas partes de la asamblea, tenía dos representantes entre los once individuos que constituían la mesa.

En la sesión siguiente, celebrada el 15 de mayo, el duque de Broglie presentó en la tribuna un proyecto de ley relativo á la creación y á las atribuciones de una segunda Cámara y lo que él llamaba, con exageración manifiesta, las relaciones á establecer entre los poderes públicos. La asamblea exigió la lectura de este documento que conviene resumir. El duque de Broglie dice que la comisión Laboulaye, en el momento de votarse la prorrogación, proponía á la asamblea que entregase el porvenir de Francia á las instituciones republicanas. La asamblea negóse á ello, deseosa de que el poder que establecía conservase un carácter de «imparcialidad leal.» El 15 de mayo, como en 27 de noviembre, el gobierno no viene á pedir á la Asamblea «que altere los rasgos esenciales de la delegación que hizo.» Hoy, como entonces, no se trata más que de instituciones provisionales. Hoy, como en 20 de noviembre y como en 24 de mayo, trátase de reunir en torno del mismo poder «á los buenos ciudadanos de los diversos partidos, sin comprometer su porvenir, sin pedirles el sacrificio de una esperanza legítima, ni de una convicción concienzuda.» Y el duque repite luego que el poder del mariscal debe seguir siendo lo que es, «el de un hombre de honor que apela, en todas las filas, á la abnegación de sus iguales.» De modo que basta ser republicano ó monárquico de otro matiz que el ministro del Interior, para ser excluido del partido de los «buenos ciudadanos» y de los «hombres de honor,» y ser considerados como formando parte de la *Liga del Mal Público*. El duque de Broglie expone á continuación las condiciones indispensables, los principios de existencia de todo gobierno libre, y esta parte de su trabajo constituye un buen capítulo de derecho constitucional. El primero de dichos principios es la separación necesaria de los poderes ejecutivo y legislativo. El segundo es la división del poder legislativo en dos asambleas. El tercero es la necesidad de tener, entre el ejecutivo y el legislativo, un moderador que los concilie. El reclutamiento de la asamblea moderadora no debe ser el mismo que el de la Cámara de representantes, pues «el número no lo es todo en una sociedad, ni la mayoría numérica es la única autoridad que ha de servir de ley.» El duque de Broglie proponía, por consiguiente, que la segunda Cámara se compusiera de miembros en parte nombrados por el presidente de la República y en parte elegidos por un colegio compuesto de los ciudadanos más notables de cada departamento, y de altos dignatarios designados por sus funciones. La segunda Cámara

tomaría el nombre de Gran Consejo; tendría jurisdicción, respecto á los crímenes de Estado, contra los ministros y contra el presidente de la República; poseería el derecho de disolver la Cámara de representantes, á propuesta del mismo presidente, y se reuniría con la Cámara baja en las circunstancias graves, como para la elección del presidente de la República, á la expiración del septenio.

El sábado, 16 de mayo, el Sr. Batbie, en nombre de la comisión de las leyes constitucionales, pidió que se inscribiese en la orden del día, para el miércoles siguiente, la primera lectura de la ley electoral. El Sr. Thery, en nombre de la derecha, reclamó la prioridad de la ley orgánica municipal, puesto que las elecciones municipales deben preceder á las elecciones políticas. El Sr. Baudot apoyó la petición de Batbie, porque sabía que el ministro hacía cuestión de confianza la inscripción de la ley electoral en la orden del día y porque no quería «extremar las cosas.» El duque de Broglie se pronunció en favor de la prioridad, sin desmentir al señor Baudot que había planteado oficiosamente la cuestión de confianza. Pasóse á votación, y la prioridad de la ley electoral fué desechada por 381 votos contra 317; el gabinete quedaba derrotado, y moría víctima de las reticencias y subterfugios de su jefe. Su caída, que fué más digna que su existencia, produjo en toda Francia una inmensa impresión de alivio.

Al mismo tiempo que el ministerio, había muerto la mayoría parlamentaria de 24 de mayo abandonada por los bonapartistas y por los legitimistas, recibió el golpe de gracia del duque de Broglie, que no supo cubrir á tiempo las bajas que en ella se habían producido. Destruída esta mayoría y derribado su jefe, todos los políticos perspicaces creyeron que el eje del poder cambiaría ligeramente de punto. Tales previsiones no habían de realizarse: las soluciones menos verosímiles eran las que tenían más probabilidades de éxito, durante el septenio. La votación de 16 de mayo de 1874, de que se felicitó la izquierda porque le pareció como una revancha del 24 de mayo de 1873, fué mucho menos favorable á la implantación de la República que las votaciones de 13 de marzo y 20 de noviembre del mismo año de 1873, en que la izquierda había estado en minoría. Eran contadísimos los republicanos que comprendían entonces que cada día que transcurría proporcionaba una probabilidad de éxito á la República y se la quitaba á la monarquía.

III

La crisis ministerial duró ocho días, durante los cuales todos los periódicos se hicieron eco de la opinión general que consideraba variado el centro de gravedad del poder. Buffet no quiso aceptar la misión de reconstituir el gabinete, por temor de complicar la crisis ministerial con una crisis presidencial cuya solución habría sido, probablemente, la elevación de Dufaure á la presidencia de la Asamblea por la coalición de las izquierdas con la extrema derecha. Mac-Mahón confió entonces el encargo de formar ministerio á los Sres. Goulard y Audiffret-Pasquier, pero se negó luego á firmar los nombramientos de los nuevos ministros, anunciados ya por la *Agencia Havas*, porque en la candidatura pro-

puesta se habían dado á individuos del centro izquierdo los puestos que dos ex ministros de la derecha habían rechazado. La retirada firme y honrosa de los Sres. Goulard y Audiffret-Pasquier rompió las negociaciones, devolviendo al centro izquierdo su libertad.

Menos escrupulosos que éstos, los Sres. Courtot de Cisse y Bardy de Fourtou aceptaron respectivamente la vicepresidencia del Consejo y el ministerio del Interior en un gabinete de expectativa, al que se le dió el nombre de Gabinete del Mariscal, y que fué el ministerio de Broglie sin el duque de Broglie. La lista de los nuevos ministros se publicó el 24 de mayo en el *Diario Oficial*, exactamente un año después de la caída de Thiers. La nueva combinación tenía por característica, además de la continuación de Magne y Fourtou, considerados como bonapartistas, el nombramiento de Cumont para el ministerio de Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes. De hecho, el Gran Maestro de la Universidad fué el obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, bajo el modesto seudónimo de Arturo de Cumont. Poner este hidalgo angevino al frente de la Universidad de Francia, era atentar contra el sentido común. Es posible que no sea cierto que el Sr. de Cumont hubiese manifestado el deseo de visitar los dormitorios del Colegio de Francia ni que hubiese estado en la creencia de que el Instituto (la reunión de las Academias) contaba seis clases; pero consta en el *Journal Officiel* de 11 de junio de 1874 que este ministro no establecía distinción alguna entre la Academia y la Facultad de Medicina, y esta confusión era cometida en un discurso pronunciado en la apertura del Consejo Superior de Instrucción pública.

La cartera de Gracia y Justicia había sido confiada al Sr. Tailhand, antiguo magistrado, reaccionario y clerical, á quien dieron por subsecretario á Baragnón. Los Sres. Caillaux en Obras públicas, Grivard en Comercio y el almirante Montaignac en Colonias y Marina completaron aquel gobierno heterogéneo, que logró vivir dos meses, no sin dificultades ni modificaciones. Si el gabinete Cissay hubiera sido un gabinete parlamentario, hubiera tenido que sucumbir ocho días después de su formación; la misma incorrección de su origen le permitió vivir ocho semanas.

El día en que se constituyó el gabinete, hubo una elección legislativa en el departamento del Nièvre, triunfando el candidato bonapartista, Sr. Bourgoing, merced á la influencia ejercida por el duque de Broglie y por el nombramiento de alcaldes imperialistas en substitución de los alcaldes republicanos que meses antes habían hecho triunfar á un candidato radical.

Aquella elección, el nombramiento del Sr. Welche, prefecto del Alto Garona, para la secretaría general del ministerio del Interior, el elogio de los administradores más comprometidos en la lucha iniciada por el duque de Broglie contra la democracia, elogio que pudo leerse, el 26 de mayo, en el preámbulo del proyecto de ley relativo á la disolución del Consejo general de las Bocas del Ródano, y sobre todo las complacencias notorias de los ministros del Interior y de Hacienda con los bonapartistas, inspiraban fundadas quejas á los republicanos. Todo podía temerse de Fourtou, y urgía organizar los poderes del mariscal, aunque para ello hubiese necesidad de sacrificar los principios profesados en la oposi-

ción. Las izquierdas comprendieron el peligro de la situación y dejaron al centro izquierdo el cuidado de poner término á la interinidad.

El 6 de junio, el centro izquierdo se reunió y puede decirse que de esta reunión datan la organización de los poderes públicos y la Constitución actual. Ciento diez y seis diputados afirmaron esta incontestable verdad: «La incertidumbre del mañana y la ausencia de un gobierno definido son la causa principal de la ansiedad y de los sufrimientos del país.» Los ciento diez y seis pedían en un manifiesto que el mariscal fuese, no el presidente de una República de siete años, sino presidente de la República por siete años; y, en último lugar, para procurarse la adhesión de algunos monárquicos, admitían el principio de la revisión de la Constitución. El manifiesto del centro izquierdo, que habían firmado los miembros del grupo de Casimir-Perier, los menos afirmativos hasta entonces en favor de la República, produjo gran efecto é hizo esperar á los menos optimistas una era nueva. La elección de los Sres. Goulard, Ressegner y Ventavon, para reemplazar, en la comisión de los treinta, á los Sres. Tailhand, Cumont y Grivard, nombrados ministros, hizo creer que la misma derecha, exceptuando á los legitimistas, reconocía la necesidad de constituir. De la opinión del ministerio nadie se preocupaba, y quizá para tener alguna, los ministros esperaban que se la sugiriese el duque de Broglie.

Los ocho días que transcurrieron desde la publicación del manifiesto del centro izquierdo hasta la presentación de la proposición de Casimir-Perier fueron singularmente agitados en París y en Versalles. La propaganda bonapartista, cada vez más agresiva, continuaba con una recrudescencia alarmante; las fotografías del príncipe imperial eran expedidas á millares á toda Francia; el comité central del partido extendía su acción por todo el país y encontraba agentes dóciles en los alcaldes nombrados por el duque de Broglie. La policía estaba llena de hechuras del imperio, y, á pesar de la energía de su jefe, León Renault, que desconfiaba la complicidad de Fourtou, llevaba la audacia al extremo de tener agentes indicadores hasta en el palacio de la presidencia. Estos hechos, conocidos á medias, daban lugar á las discusiones más violentas en la asamblea y á riñas en la calle.

El 9 de junio, en Versalles, el Sr. Rouher afirmó, bajo palabra de honor, que ignoraba la existencia del comité central del partido bonapartista. Gambetta, indignado de tanta impudencia, lo trató de miserable. Llamado al orden con intimación de que retirase sus palabras, Gambetta contestó: «El epíteto de que me he servido es más que un ultraje, es una afrenta y la sostengo.» Al día siguiente, en la estación de San Lázaro, los diputados republicanos Mahy y Lefevre fueron insultados y maltrechos á vista de los polizontes imperiales. Aquella misma noche, Gambetta, al regresar de Versalles, fué atropellado por un bonapartista. El gran patriota, que los imperialistas habían elegido por blanco, daba cada día nuevas garantías á la política de moderación y de concordia. Sobre la tumba de D'Alton-Shée, Gambetta había proclamado la República Ateniense, invitando á la aristocracia á que se adhiciese á ella para darle «una flor de elegancia y distinción.»